

Los marines piden ayuda a los iraquíes para restablecer la normalidad y atajar el caos

«¿No se acerque tanto al maletero! ¿No ve que pone más nerviosos a mis hombres?» grita un oficial de los ‘marines’
La ocupación de Bagdad parece que era lo menos planeado



MERCEDES GALLEGO
ENVIADA ESPECIAL
Bagdad

«Queremos restablecer la luz y el agua cuanto antes, pero no sabemos cómo», admite el sargento de regimiento Adrian Petruchi. «El gobierno iraquí no nos dejó ninguna guía diciendo dónde están los interruptores, ¡qué malos anfitriones!», bromea el *marine*.
Para remediarlo las tropas estadounidenses planean establecer en los alrededores del Hotel Palestina un centro al que esperan que acudan los ciudadanos de la capital que tengan información sobre cómo volver a poner en marcha los servicios. El hotel donde el régimen de Saddam Husein concentrase a toda la prensa extran-

jera para poder someterla al férreo control de los censores es el lugar más conocido de la ciudad, ahora tomado por las tropas estadounidenses.
En el *lobby* del edificio marrón de dieciséis plantas, tan austero y apollado que parece sacado de los peores años de la Unión Soviética, los marines empolvados por la guerra y el desierto comparten ahora los sillones mugrosos, junto con los recién afeitados esbirros del régimen caído, más silenciosos y humildes que nunca.
Con los vehículos militares de antenas satélite aparcados en los jardines, el Palestine es también el objetivo más propicio para un ataque terrorista. La aparición de los suicidas que explotan en los controles de seguridad ha aumentado, si cabía, el nerviosismo de los marines que viven con el dedo puesto en el gatillo de su M -16.

«¿No se acerque tanto al maletero! ¿No ve que pone nerviosos a mis hombres?», grita uno de ellos. La airada reacción del comandante en uno de los muchos controles que acordonan los alrededores del hotel no puede ser más desconcertante para el conductor iraquí y la prensa que le acompaña. Son los marines los que han detenido el vehículo, aparentemente por rutina, y registran el maletero en busca «de cosas grandes y concretas que se deberían ver a la legua», explica el comandante con fastidio. A los pasaje-

Los periodistas
españoles dejan hoy
Bagdad en un convoy
que les lleva a Jordania

ros los han sacado del coche medio apuntándoles con el rifle, y ahora ni siquiera les dejan acercarse a su propio vehículo.
Paradójicamente, es ahí donde los marines quieren ver llegar a los antiguos funcionarios, ingenieros y operadores de la ciudad para que les ayuden a restablecer la normalidad. Eso, en una ciudad hecha añicos a bombazos, presa del vandalismo, los saqueos y los incendios provocados, aparentemente por el mero placer de crear más caos.
La lentitud de las tropas en ubicarse en este ambiente urbano parece sugerir que el desembarco en Bagdad era lo menos planeado de toda la guerra. «No es nuestro ambiente natural», explica Petruchi. «Somos una fuerza expedicionaria de combate, de acción rápida. Quedarnos aquí dando vueltas por la ciudad bregando con tanto civil se nos hace muy difícil».
La circulación por Bagdad es ahora más difícil que nunca, y no precisamente por el tráfico de las calles semidesiertas. Los controles de seguridad se repiten en

cada avenida, como si la ciudad estuviese bajo estado de sitio. La comida y el agua escasean, los conductores y traductores que en los meses previos guiasen a la prensa por la ciudad han desaparecido o se han tenido que apos- tar en sus casas para evitar que las saqueen.
El problema es que las tropas estadounidenses todavía no se van a casa. «Por nosotros, maña- na mismo nos iríamos, no tene- mos interés en quedarnos aquí ni un minuto más de lo necesario», asegura Petruchi. «Precisamen- te por eso queremos que la pobla- ción nos ayude».
Salida de periodistas
«Entre Bagdad y la frontera de Jordania básicamente no hay nada», explica el portavoz de los marines al que se le ha pedido escolta para el convoy de la pre- sa española que planea abando- nar hoy Bagdad. «Cuando salgan de la ciudad estarán solos y a su suerte».
Ni siquiera ofrecen un vehí- culo que guíe la salida de la peli- grosa capital. «Del río para aba- jo es jurisdicción de la armada, y a los marines nos cuesta mucho entendernos con ellos», se justi- fica. A lo más, ofrecen infor- marse entre ellos de retén en retén para supervisar el paso del convoy que previsiblemente se compondrá de unos doce vehí- culos civiles y desarmados. Sólo hasta el río, eso sí. «Sobre todo porque nosotros mismos quere- mos saber quién pasa por delan- te nuestra», se le escapa al marí- nine con poco tacto.
Nada de eso ha desalentado a los periodistas. La salida del



CURIOSIDAD. Una mujer iraquí observa desde la puerta de su casa en Bagdad a un *marine* sentado al sol / REUTERS

Disparar antes de preguntar

COLPISA BAGDAD

Soldados estadounidenses mataron ayer en Bagdad, sin ni siquiera preguntar, a un comerciante que defendía su tienda de los saqueadores, que le habían acusado falsamente de ser un *fedaiyin* de Saddam, según testigos citados por AFP.
Según explicaron los vecinos a un fotógrafo de la agencia, Mohamed al Barheini, de 25 años de edad, intentaba defender su tienda de los saqueadores que han tomado las calles de la capital iraquí tras la caída del régimen hace dos días, sin que las fuerzas aliadas apenas hayan tomado medida alguna para evitarlo.
Al Barheini, cuya tienda de encuentra en la calle Al Rachid –la principal arteria comercial de Bagdad–, tuvo que recurrir incluso a un *kalachnikov*. Varios de los saqueadores fueron a buscar a varios soldados estadounidenses que se encontraban en el sector.
Cuando éstos llegaron, los saqueadores acusaron al comerciante de ser un *fedaiyin* de Saddam, y, sin ni siquiera acercarse a la tienda para comprobar la información, abrieron fuego contra él con una ametralladora pesada, dejándolo muerto en el acto.